

Vínculos

Sociología, análisis y opinión

Año 3 ■ Núm. 5, Marzo-Agosto 2022



LA GUERRA

Revista semestral del Departamento de Sociología / División de Estudios Políticos y Sociales
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades

Universidad de Guadalajara

Vínculos

Sociología, análisis y opinión

Año 3 ■ Núm. 5, marzo-agosto 2022

LA GUERRA



Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
División de Estudios Políticos y Sociales / Departamento de Sociología

Director	Jaime Torres Guillén
Editor	Luis Rodolfo Morán Quiroz
Comité Editorial	Alejandra Guillén González Héctor Raúl Solís Gadea Jorge Ramírez Plascencia Andrea Celeste Razón Gutiérrez Rafael Sandoval Álvarez Carlos Rafael Hernández Vargas
Asistente de dirección	Nidia Verónica Covarrubias Sánchez
Secretario técnico y Soporte plataforma web	Francisco Tapia Velázquez

Consejo Editorial

Isabel Cristina Naranjo Noreña, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina; Antonio Luzón, Universidad de Granada, España; Silvia Carina Valiente, Conicet CIT Catamarca, Universidad de Catamarca, Argentina; Carlos Javier Maya Ambía, Centro de Estudios Japoneses, Universidad de Guadalajara, México; Luisa Martínez-García, Universidad Autónoma de Barcelona, España; Bruno Baronnet, Universidad Veracruzana, México; Mariana Passarello, Universidad del Noroeste de la Provincia de Buenos Aires, Argentina; David Gómez-Álvarez, Universidad de Guadalajara, México; María del Carmen Ventura Patiño, El Colegio de Michoacán, México; Felipe Gaytán Alcalá, Universidad La Salle, México; Liliana Cordero Marines, Centro de Investigaciones sobre América del Norte, UNAM, México.

Comité Científico Internacional

María Patricia Fortuny Loret de Mola, CIESAS Peninsular, México; Göran Therborn, Universidad de Cambridge, Inglaterra; José Luis Grosso, Centro Internacional de Investigación PIRKA, Políticas, Culturas y Artes de Hacer, Colombia; Breno Bringel, Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Universidad del Estado de Río de Janeiro, Brasil; Jorge Alonso, CIESAS-Occidente, México.

Departamento de Sociología de la División de Estudios Políticos y Sociales del CUCSH, UdeG. Av. José Parres Arias núm. 150, San José del Bajío. Edificio F, tercer piso, C.P. 45132. Zapopan, Jalisco, México. Teléfono: 3819-3300, Ext. 23354.

La revista **Vínculos. Sociología, análisis y opinión** puede leerse en internet:

<http://www.publicaciones.cucsh.udg.mx/ppperiod/vinculos/index.htm>

<http://www.vinculosociologiaanalisisyopinion.cucsh.udg.mx/index.php/VSAO>

¿ES LA CRISIS RUSO-UCRANIANA UN MOMENTO DE RUPTURA EN LA HISTORIA MUNDIAL?

Recibido: 28/02/2022

Aceptado: 04/03/2022

ANDREA BUSSOLETTI¹

Resumen

El presente ensayo tiene la finalidad de proveer un contexto para comprender los antecedentes históricos y las problemáticas internacionales que están en el origen de la guerra entre Rusia y Ucrania, formalizada con la invasión rusa del Donbás en febrero de 2022. Se muestran tanto las motivaciones de carácter local como algunas de las inter-

¹ Doctor en Ciencias Históricas y Sociales por la Universidad de Florencia. Ganador del Premio Firenze University Press en 2014. Profesor en el Departamento de Estudios Políticos en la Universidad de Guadalajara y miembro del Sistema Nacional de Investigadores nivel I. Coordinador de la línea de investigación *partidos políticos* del Observatorio Político-Electoral de la Universidad de Guadalajara y líder del Grupo de Investigación *Partidos Políticos* de la Sociedad Mexicana de Estudios Electorales. Su trabajo de investigación se concentra principalmente en el estudio de los partidos políticos, sus evoluciones organizativas y sus relaciones con el sistema institucional. Coordinador, junto a la maestra Melissa Amezcua Yepiz, del volumen *Ensayos sobre el sistema político electoral en Jalisco. Algunos problemas*, publicado por la Universidad de Guadalajara en 2020.

venciones en la esfera internacional, para luego analizar la importancia de este acontecimiento en el marco de las periodizaciones de la historia universal.

Palabras clave: Guerra del Donbás, relaciones internacionales, *world history*, Rusia, Estados Unidos, Tercera Guerra Mundial

Abstract

The purpose of this essay is to provide a context for understanding the historical background and the international problems that are at the origin of the war between Russia and Ukraine formalized with the Russian invasion of Donbas in February 2022. The article shows both the motivations of a local nature and some of the interventions in the international sphere, and then analyzes the importance of this event within the framework of the periodizations of universal history.

Keywords: Donbass War, International Relations, World History, Russia, United States, World War III

Introducción

La actual crisis militar en el este de Europa representa un acontecimiento de sumo interés para la comunidad internacional y para los estudiosos de las ciencias sociales, llamados a interpretar la contemporaneidad en tiempos cada vez más acelerados. En el momento en que se redacta el presente ensayo, se registran operaciones militares de invasión por parte de Rusia en el territorio de Ucrania con el objetivo de conquistar la capital Kiev, ante el desconcierto generalizado de la opinión pública a nivel mundial y los intentos de negociación por parte de otros gobiernos nacionales: se trata de una premisa necesaria para entender todas las posibles falacias y equivocaciones por parte de quien busca interpretar dicho escenario, consciente de que una pluralidad de variables pueden intervenir en el corto plazo y reorientar la actual tendencia de los eventos.

La relevancia geopolítica de la intervención rusa en Ucrania se ve reflejada, primero, en el hecho de que, a nivel mediático, ésta haya logrado imponerse en la agenda pública por encima de la pandemia COVID-19.

Después de dos años, entre 2020 y 2021, de expansión del virus a escala mundial, la gestión del escenario de emergencia sanitaria y los diferentes planteamientos sobre cómo repensar la sociedad, los derechos individuales y la economía, habían sido el principal y, en ciertos momentos, el único tema de debate; no obstante, el nuevo acontecimiento militar en el oriente europeo parece haberse impuesto como prioridad.

Entender la crisis ruso-ucraniana en profundidad implica una serie de pasos que van más allá de la reconstrucción de las operaciones militares y de las relaciones diplomáticas entre los países involucrados. El presente ensayo se propone salir de las lecturas simplificadas de la coyuntura internacional que se encuentran comúnmente en los medios de comunicación y en el debate político, basadas sobre una visión de corto plazo que no toma en cuenta elementos del contexto histórico, cultural, político e internacional de la región. Por esta razón, a continuación se desarrollan una serie de dimensiones, diferentes pero unidas por la voluntad de otorgar una interpretación de *larga duración* (Braudel, 1970) a un contexto que, en este preciso momento, es observado desde diferentes lugares del mundo.

La primera dimensión abordada en el primer apartado del ensayo corresponde a la historia local de la región: presento una genealogía de la historia del conflicto, desde la Baja Edad Media hasta principios del siglo XXI, para mostrar todas las transformaciones que han atravesado el espacio geográfico, que incluye las actuales ciudades de Kiev, Donetsk, Odessa, Sebastopol, la península de Crimea y —en general— los territorios ubicados a los dos lados del río Dniéper. Estos cambios, incluso los más lejanos en el tiempo, repercuten en el conflicto actual.

El segundo apartado trata la dimensión de las relaciones internacionales. Muestro cómo el conflicto actual se amplía —por ahora en la esfera diplomática y no en la militar— con el involucramiento más o menos visible de otros Estados, desde la superpotencia que es Estados Unidos y su brazo militar en Europa, es decir, la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (OTAN), hasta el rol de la Unión Europea y de sus integrantes en particular.

Sucesivamente, el ensayo se centra en la dimensión historiográfica, en términos de *world history* (Stearns, 2005): el siglo XXI carece todavía

de periodizaciones y el interrogativo que se desarrolla en el tercer apartado es si cuanto está ocurriendo actualmente en Europa Oriental, sumado a la antes mencionada pandemia Covid-19, pueden ser considerados eventos capaces de representar un momento de ruptura del proceso histórico, esto es, la conclusión de un determinado ciclo con características peculiares y el inicio de una nueva fase con nuevos rasgos distintivos.

Raíces profundas y recientes del conflicto ruso-ucraniano

El 21 de febrero de 2022 el presidente ruso Vladímir Putin dirigió un mensaje televisivo a la nación rusa, en donde afirmaba:

Es importante subrayar que para nosotros Ucrania no es un país vecino. Es una parte inalienable de nuestra historia y de nuestro espacio espiritual [...] Ucrania contemporánea fue creada completamente por Rusia, por la Rusia de los Bolcheviques y el proceso empezó justo después de la revolución de 1917, y Lenin y sus socios lo hicieron de una manera muy cruda a través de la separación de sus territorios históricos (Putin, 2022).

En el momento en que Putin pronunció dicho discurso, Rusia y Ucrania se encontraban en la víspera de una guerra que, si bien fue declarada formalmente el 24 de febrero de 2022, con el anuncio público de acciones militares en la región de Donbás, de facto se remonta a casi una década en diferentes regiones del país, empezando por el conflicto en Crimea del año 2014, que se concluyó con la anexión de la península al territorio de Rusia.

Las palabras pronunciadas por el presidente ruso llevaban el tono del debate político sobre la cuestión a un nivel más radical: durante toda la década anterior, el motivo de la controversia había sido la relación entre la población ucraniana y la minoría rusa, que —a su vez— se convertía en mayoría en términos del número de habitantes en regiones como la antes mencionada Crimea. El gobierno ruso denunció en repetidas ocasiones el trato recibido por sus connacionales en los territorios sometidos a la autoridad del Estado ucraniano, agregando además la presencia de grupos neonazis y de extrema derecha que ejercían violencias en contra de los rusos. Con el discurso del 21 de febrero la controversia cambió

su razón de fondo: ya no era el conflicto entre dos Estados que se reconocían mutuamente y que estaban llamados a dar salida a las tensiones causadas por una pluralidad de nacionalidades que cohabitaban la misma región; al contrario, el gobierno ruso niega abiertamente la legitimidad de la existencia del Estado ucraniano y sustenta su intervención militar en nombre de razones de carácter histórico, cuyas raíces profundas se remontan hasta la Baja Edad Media.

En su reconstrucción, Putin pone énfasis en dos momentos: el origen de Rusia alrededor del siglo IX d. C. y la Revolución Bolchevique de 1917. En relación con el primer momento, la referencia es dirigida hacia la Rus De Kiev, del que podemos encontrar mención en las Primeras Crónicas Eslavas del monje Néstor (El Orden Mundial, 28 de enero de 2022). La Rus de Kiev fue un conjunto de tribus eslavas que se federaron bajo un mismo sistema institucional, en el que Vladimiro el Grande, entre siglo X y XI, introdujo la religión cristiana ortodoxa. Es opinión difusa entre los historiadores que este antecedente representa el núcleo originario del que se desprendió el Estado ruso en la Edad Moderna. El sucesor de Vladímir, Jaroslav I, conocido como El Sabio, llevó el Rus de Kiev a su máxima extensión, con una ampliación territorial que se orientó hacia el norte, incluyendo el espacio geográfico de las actuales ciudades de Moscú y San Petersburgo, llegando a colindar con la península escandinava.

Sucesivamente, la disolución de la Rus de Kiev en el siglo XIII llevó a una separación entre Moscú y Kiev y sus poblaciones. Durante siglos, las primeras formaron parte del Principado de Moscú, que luego se convirtió en la Rusia moderna bajo el gobierno de los zares. En diferentes momentos, las segundas transitaron a imperios multinacionales como el austriaco y el otomano. En el siglo XVIII la ampliación de Rusia, elevada a rango de potencia imperial, puso de nuevo a Kiev y Moscú en el interior del mismo sistema político e institucional, pero con una diferencia fundamental: el baricentro del sistema político se había trasladado a Moscú, mientras Kiev y sus alrededores se convertían en Ucrania, es decir, según la etimología del mismo término, *región fronteriza* (El País, 28 de enero de 2022), que indica los territorios del Imperio colindantes con Polonia hacia Occidente. Es con referencia a estos acontecimientos

históricos que la actual Rusia niega la legitimidad de la existencia de Ucrania: se trata, en realidad, de una visión parcial y orientada políticamente que busca fortalecer el orgullo nacional ruso y que niega la existencia de una identidad nacional ucraniana construida durante siglos.

El otro referente histórico de la cuestión ucraniana en el relato de Putin es la Unión Soviética. En su discurso, el presidente ruso afirma que sólo en la política de las nacionalidades de Lenin aparece Ucrania como un invento de los bolcheviques. En este sentido, las políticas del gobierno ruso hacia Ucrania en la última década parecen orientadas a revertir algunas de las decisiones de los gobiernos soviéticos, que habían reconocido a nivel político e institucional la presencia de un Estado ucraniano. Un ejemplo nítido en este sentido es representado por el conflicto en Crimea: la península había pasado de Rusia a Ucrania en 1954 bajo el mandato de Nikita Jrushchov, en el interior del espacio común de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS); sesenta años después la intervención de Rusia fue dirigida a reapropiarse del territorio perdido en nombre de la defensa de la población rusa.

La disolución de la Unión Soviética en 1991 generó las condiciones para que no pocas nacionalidades que formaron parte de ésta lograran la independencia, llegando a conformar una serie de nuevos Estados nacionales, como ocurrió con las repúblicas bálticas y otros países como Bielorrusia, Georgia, etcétera. Todos estos Estados son todavía jóvenes, con poco más de 30 años de vida, y siguen atravesando su proceso de *state-building* (Linz, 2006) con sus contradicciones y dificultades. En el caso de Ucrania, eso se vio reflejado en las múltiples ocasiones de inestabilidad en las últimas dos décadas, desde la Revolución naranja en 2004 hasta el movimiento del Euromaidán en 2013. Ucrania y la mayoría de los países europeos orientales, después de la caída de la URSS, buscaron fortalecer su identidad nacional y desvincularse tanto cultural como políticamente de la influencia de Moscú. La estrategia se reveló más fácil de ejecutar en muchos *ex Estados satélites* como Polonia, Hungría, República Checa, Eslovaquia, Rumania y Bulgaria, quienes entre 2004 y 2007 ingresaron en la Unión Europea. También Ucrania en 2013 estuvo cerca de ingresar en esta área de integración regional, apo-



yada por un sector de la población que se identificaba con la identidad ucraniana y veía en la UE una protección antirrusa.

El espectacular cambio de ruta del entonces gobierno ucraniano encabezado por Viktor Yanukovich, quien después de haber firmado un Acuerdo de Colaboración con la UE en 2012 decidió suspender su aplicación el año siguiente, incrementó la tensión entre la facción ucraniana y la filo-rusa. Dicha tensión desembocó en la intervención rusa en Crimea de 2014 mencionada arriba y en la creación —poco tiempo después— de dos Estados filo-rusos en el territorio oriental de Ucrania: la República Popular de Donetsk y al República Popular de Lugansk. En esta secuencia cronológica, el conflicto que se registra en la región del Donbás en la parte oriental de Ucrania desde 2014 entre separatistas filo-rusos y el gobierno de Kiev representa el precedente más cercano al conflicto actual.

Esta reconstrucción nos permite tener más elementos para entender que el conflicto actual tiene raíces en la historia de las relaciones entre las dos partes involucradas: por un lado, Ucrania denuncia el ataque imperialista del vecino oriental y busca reafirmar su identidad nacional; por otro, Rusia sustenta la legitimidad de su intervención como acción en defensa de la población rusa y toma una postura abiertamente negacionista respecto de la existencia de la nación ucraniana.

La relevancia de las relaciones internacionales como dimensión del conflicto ruso-ucraniano

Cuando se anunciaron las operaciones militares del ejército ruso en territorio ucraniano en febrero de 2022, volvió a circular una expresión que había tenido auge en la segunda mitad del siglo XX y que en las últimas dos décadas había perdido centralidad: la *Tercera Guerra Mundial*. La posibilidad de un nuevo conflicto de dimensiones globales en el que los participantes utilizaran armas nucleares fue un temor que, de forma recurrente, se manifestó ante algunas coyunturas críticas, como la implementación del Bloque de Berlín en 1948, la crisis de Cuba de 1960 y la instalación de misiles nucleares en algunos países europeos occidentales (euromisiles) a principios de los años ochenta. El colapso

de la Unión Soviética en 1991 y el consecuente fin del sistema mundial bipolar parecieron alejar definitivamente esta posibilidad: no faltaron conflictos bélicos, como las guerras en Yugoslavia entre 1991 y 1999, las intervenciones militares impulsadas por Estados Unidos en Irak en 1991 y 2003, y en Afganistán en 2001; pero en ninguna de estas ocasiones se perfiló la posibilidad de un escenario de una guerra total capaz de abarcar todos los continentes y en la que dos potencias mundiales se enfrentan directamente entre ellas.

La actual coyuntura en la región de Donbás ha vuelto a poner en la agenda internacional el tema de la posible guerra mundial. Analistas, intelectuales y periodistas también tuvieron un papel importante en esta tendencia, con frecuentes analogías entre Putin y Hitler, comparando la guerra en Donbás en 2014 con la anexión de Sudetenland por parte de Alemania en 1938, y las actuales negociaciones con la Conferencia de Múnich del mismo año. Para validar una analogía de esta naturaleza es importante remarcar un elemento clave: para que un conflicto local se extienda a nivel global es necesario que la controversia involucre también a otros actores extranjeros que perciban una afectación directa de sus intereses nacionales y que, por esta misma razón, decidan involucrarse en lo que, en el momento inicial, podría manifestarse como un conflicto lejos de su territorio.

Un ejemplo de escuela a tal propósito es justamente la Primera Guerra Mundial: todos los historiadores remontan el inicio del conflicto a la declaración de guerra del entonces Imperio austro-húngaro en contra de Serbia después del asesinato del archiduque Francisco Fernando por parte del nacionalista serbio Gavrilo Princip, ocurrido el 28 de junio de 1914. Si nos limitamos a esta información, no podríamos entender por qué en los libros de historia hablamos de *guerra mundial* y no, por ejemplo, de *guerra austro-serbia*. La explicación de esta consecuencia está en el hecho de que la declaración de guerra fue seguida por una serie de reacciones de otros países, en una especie de efecto dominó que precipitó al mundo entero en lo que el papa Benedicto XV definió como la “*inútil masacre*”. En este caso, la primera en reaccionar fue Rusia, que a su vez proclamó la guerra contra Austria para proteger a Serbia, su histórico aliado en los Balcanes. Cuando Rusia se posicionó contra el

Imperio austro-húngaro, se desplegaron por completo las alianzas militares que se habían conformado desde finales del siglo XIX, convirtiendo el conflicto local en mundial.

Para que la Tercera Guerra Mundial pase de ser una especulación periodística a una realidad —un hecho que el autor espera con todo su ánimo que no suceda—, es, por tanto, necesario que se desencadene un análogo efecto dominó que lleve a una abierta guerra entre Estados Unidos y Rusia, algo que hasta en las coyunturas más tensas de los años del sistema internacional bipolar nunca ocurrió. EUA y la URSS optaron principalmente por una confrontación de modelos políticos, económicos y de sociedad, y terminaron por enfrentarse sólo de manera indirecta, en conflictos como el de Vietnam en los años sesenta y el de Afganistán en los ochenta. La actual evolución de la crisis ucraniana amenaza ser el principio de un conflicto más amplio debido a la suma de intereses que involucran a otros actores, en particular a Estados Unidos y Europa.

Un segundo argumento que Putin ha externado en más ocasiones en las semanas que han precedido a la intervención militar oficial del ejército ruso en Ucrania consiste en afirmar que se trataba de una medida defensiva ante el intento de la OTAN de expandirse hacia Oriente hasta el límite con Rusia. En este sentido, el ataque ruso no sería tanto la invasión a otro Estado —del cual, vimos antes, no reconoce el derecho a existir—, sino respuesta a un ataque previo de la Alianza Atlántica a Rusia. En una cumbre con el presidente francés Emmanuel Macron realizada el 8 de febrero de 2022, Putin comentó en conferencia de prensa: “Si Ucrania ingresa en la OTAN e intenta recuperar Crimea por vía militar, los países europeos se verán arrastrados a un conflicto militar con Rusia” (Infobae, 8 de febrero de 2022).

Entonces, el discurso del gobierno ruso destaca que la actual intervención tendría la finalidad de evitar una guerra nuclear y no de provocarla; una guerra en la cual —retomando las palabras de Putin— “no habría ganadores”. De acuerdo con su discurso, quien la estaría provocando sería la superpotencia norteamericana. Por su parte, el gobierno de Estados Unidos ha adoptado una postura confrontativa. El presidente Joe Biden menciona abiertamente la hipótesis de la Tercera Guerra Mundial: “Tenemos dos opciones. Empezar una tercera guerra mundial, iniciar una

guerra contra Rusia, de hecho. O, segundo, garantizar que un país que actúa hasta tal punto en contradicción con la ley internacional pague un precio por hacerlo” (*La Jornada*, 27 de febrero de 2022).

Estas coordenadas ayudan a comprender las posibles consecuencias internacionales del conflicto en el Donbás, aunque es también importante conocer cuáles son los intereses en juego en la región. Para eso, la primera precaución que hay que tomar es evitar cualquier interpretación reduccionista y simplista que mueva de la afirmación —incorrecta— de que Estados Unidos, la OTAN, la Unión Europea como conjunto y sus gobiernos nacionales son la misma cosa. Esta lectura, que se encuentra en quienes ven en la actual crisis un regreso al escenario de la Guerra Fría, no toma en cuenta una pluralidad de factores. La estrategia del actual gobierno de Estados Unidos parece orientada a evitar a cualquier costa que Rusia vuelva a elevarse al rango de potencia imperial. Esto podría ser visto como un debilitamiento de su propio papel de máximo garante del sistema internacional actual.

La OTAN —es decir, la alianza militar de Estados Unidos con los países europeos occidentales que surgió en plena contraposición entre el Occidente capitalista y el Oriente comunista— siguió existiendo a pesar de la conclusión de la competencia ideológica entre los dos modelos, manteniendo una naturaleza antirrusa como instrumento de contención de cualquier aspiración expansionista del Kremlin hacia Occidente. Por otro lado, el componente militar no es el única que entra en juego, habría que esperar la actuación tanto de la Unión Europea como de algunos Estados que la integran.

En este sentido otra temática cobra relevancia: se trata de la cuestión de la dependencia energética de los países europeos occidentales, quienes en sus territorios no cuentan con recursos naturales como petróleo o gas que les permitan ser autosuficientes. La cuestión ucraniana se cruza con la controversia alrededor del proyecto del gasoducto Nord Stream 2. Antes de su construcción, la mayoría del gas que los países europeos compraban desde Rusia transitaban por el territorio de países colindantes como Polonia y Ucrania, mientras que, con el nuevo proyecto, Rusia podría abastecer de una mayor cantidad de gas a los países europeos sin tener que atravesar por el territorio de otros Estados, a través de un canal

submarino que atravesaría el Mar Báltico, conectando directamente a Rusia con los territorios orientales de Alemania. Desde la perspectiva de la Unión Europea, no comprometer de manera definitiva las relaciones con el gobierno de Putin implica consecuencias estratégicas para las economías nacionales de sus integrantes. Asimismo, la perspectiva de integrar Ucrania, una región rica de otros recursos económicos —en particular acero y otros del sector agrícola— representa una oportunidad que la UE quiere aprovechar, contando además con el favor de consistentes sectores de la población que se han pronunciado por un ingreso a la UE en las manifestaciones del Euromaidán en 2013.

La dificultad de la UE en decantarse por una postura clara ante la crisis ruso-ucraniana (el Parlamento Europeo acaba de votar una resolución en favor del ingreso de Ucrania en la UE el 1 de marzo de 2022, es decir, sólo después de la intervención militar rusa) ha dado espacio a que otros actores cubrieran el papel de mediadores en la crisis. En las últimas décadas, los gobiernos franceses y alemán ya habían desarrollado una mayor colaboración con el gobierno ruso, que se pudo manifestar en otras importantes coyunturas internacionales, como la postura común contra la guerra en Irak en 2003 o como la misma mediación franco-alemana del conflicto de Crimea en 2014. De hecho, los acuerdos de Minsk 2 en 2014 fueron suscritos con la presencia de los representantes del gobierno francés y alemán, mientras en ellos no tuvieron alguna intervención los representantes de las instituciones de la UE.

A este complejo escenario contribuyen también las conductas de los líderes de aquellas fuerzas políticas que se ubican en los espacios de oposición en sus respectivos países. Es así que, mientras ahora los gobiernos europeos muestran públicamente posturas de rechazo a la guerra y de crítica hacia Vladímir Putin y sus acciones, en tiempos todavía recientes algunos líderes de fuerzas políticas euroescépticas (como la francesa Marine Le Pen, los italianos Matteo Salvini y Giorgia Meloni, los españoles Santiago Abascal y Pablo Iglesias) han expresado comentarios positivos y de admiración hacia el líder ruso y sus políticas. Asimismo, fuera del continente europeo, líderes de posturas ideológicas diametralmente opuestas coinciden en apoyar la intervención militar del ejército ruso en territorio ucraniano: es así que el expresidente norteamericano

Donald Trump definió esta acción como una “genialidad” (*Independent* en español, 2 de marzo de 2022), mientras que el mandatario venezolano Nicolás Maduro ratificó su “fuerte apoyo” a las acciones de Rusia (DW, 1 de marzo de 2022).

En definitiva, el escenario actual muestra una mayor complejidad comparada con el contexto de la Guerra Fría y, por ende, no puede ser considerado una continuación de ella. La analogía más pertinente es aquella que asocia el actual escenario con la primera mitad del siglo XX, en particular con el momento previo al estallido de la Primera Guerra Mundial, donde cuestiones locales percibidas como no resueltas por parte de las poblaciones involucradas se mezclan en un proceso de globalización de las relaciones económicas en presencia de instituciones internacionales y de acuerdos militares que, de activarse, podrían ampliar el escenario del conflicto.

¿Hacia una nueva periodización en la historia contemporánea?

El historiador Eric Hobsbawm (1998) introdujo en la historiografía dos conceptos muy utilizados para comprender la evolución de los últimos dos siglos: por un lado está el *largo siglo XIX*, cuyo principio estaría ubicado en el estallido de la Revolución Francesa en 1789 y que concluiría con la Revolución Rusa en 1917. A él le sigue el *corto siglo XX*, que abarca todo lo ocurrido desde la creación de la URSS hasta la caída del Muro de Berlín en 1989 y el consecuente colapso de la misma URSS en 1991. Dentro de estos grandes ciclos se ubican diferentes fases, subunidades del proceso histórico coherentes con la unidad en que están integradas, pero, al mismo tiempo, con características específicas que permitirían marcar alguna importante diferencia con los años precedentes o sucesivos. Es así, por ejemplo, que el mismo Hobsbawm ubica dos grandes fases del siglo XX: la *Guerra de los 31 años*, que abarca el arco temporal incluso entre el principio de la Primera Guerra Mundial y la conclusión de la Segunda, y la *Guerra Fría*, es decir, toda aquella época correspondiente a la larga segunda mitad del siglo y caracterizada por la

competencia bipolar entre los dos modelos de sociedad propuestos por Estados Unidos y la URSS.

Se consideran válidas estas categorías, los hechos actuales desafían a quienes pretenden comprenderlos e interpretarlos. En particular los historiadores tendrán que ofrecer respuestas a las siguientes preguntas: ¿Las crisis que se han sucedido al principio de la actual década (antes la Covid-19 y ahora el conflicto militar en el oriente de Europa) nos indican la conclusión de una época histórica? ¿Estamos en presencia de una *critical juncture* (Capoccia y Keleman, 2007) que nos debe llevar a interrogarnos sobre lo ocurrido en los últimos 30 años o, por más dramático que pueda parecer el actual escenario, en realidad estamos en una situación de continuidad del proceso histórico? Una postura de rigor metodológico debería llevar a suspender el juicio. Si se acepta que la historia es, como sugiere Marc Bloch, conocimiento indirecto del pasado a través de fuentes (Bloch, 2011), no es posible establecer ahora con claridad si el momento actual es de verdad un punto de inflexión en el proceso histórico o menos.

Sin embargo, la serie de cambios que se están produciendo en los mismos días en que las fuerzas armadas rusas atacan Ucrania y bombardean a la ciudad de Kiev parece indicar que, efectivamente, se está concluyendo una fase en la historia —todavía por escribir— del siglo XXI: un periodo marcado por una sustancial estabilidad internacional en un sistema unipolar, con una sola superpotencia global y diferentes potencias regionales en ascenso. Es importante evitar excesivas simplificaciones y juicios apresurados: si bien es cierto que los conflictos bélicos en estos 30 años fueron limitados territorialmente, no habría que olvidar que éstos transcurren acompañados de un aumento de las desigualdades y de mayor inestabilidad en la vida política interna de muchos países. Esta época, a veces definida con la etiqueta de ciclo neoliberal, puede que esté por concluir bajo los efectos de la Covid-19 y de la coyuntura ruso-ucraniana.

Estos dos acontecimientos muestran, cada uno a su manera, los límites de un paradigma que imaginaba reducir el papel de las instituciones estatales y gubernamentales a favor del sector privado. El Estado, aquel monopolista de la coacción (Weber, 1993), capaz de obligar a todos sus

integrantes a cumplir con la obligación política, ha vuelto a recuperar protagonismo: las sociedades en las recientes coyunturas buscan respuestas en términos de salud pública, de economía y de guerra, y para ello vuelven a mirar a sus gobernados en espera de respuestas esclarecedoras y de soluciones. Entonces, es posible que el ciclo de la sociedad líquida (Baumann, 2003), con todas sus incertidumbres, esté por llegar a término. Quizás estemos al principio de una nueva fase donde estas mismas sociedades vuelvan a un Estado (más) sólido. O quizás no pase nada. El futuro, sólo él, se hará cargo de responder a estas inquietudes.

Bibliografía

BAUMAN, Zygmunt (2003). *Modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.

BLOCH, Marc (2011). *Apología para la historia o el oficio del historiador*. México: Fondo de Cultura Económica.

BRAUDEL, Fernand (1970). *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Ediciones Castilla.

CAPOCCIA, Giovanni y Keleman R. Daniel (2007). “The Study of critical juncture: theory narrative and counterfactuals in historical institutionalism”, en *World Politics*, núm. 59, Cambridge University Press, pp. 341-369.

HOBSBAWM, Eric, J. (1998). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Grijalbo.

LINZ, Juan (2006). *Democracia e autoritarismo. Problemi e sfida tra XX e XXI secolo*. Bologna: Il Mulino.

STEARNS, Peter N. (2005). *Una nueva historia para un mundo global. Introducción a la “world history”*. Barcelona: Crítica.

WEBER, Max (1993). *El político y el científico*. Madrid: Alianza Editorial.

Referencias digitales

(Fecha última de consulta el 4 de marzo de 2022)

Mensaje a la nación de Vladímir Putin del 22 de febrero 2022. Disponible en

<https://www.youtube.com/watch?v=l3-3c-QcxKY>

- Independent, en español (2 de marzo de 2022). *Estados Unidos debería hacer con México lo mismo que Putin con Ucrania, consejo Donald Trump*. Disponible en <https://www.independentespanol.com/noticias/mexico-putin-donald-trump-ucrania-b2027221.html>
- Deutsche Welle (1 de marzo de 2022). *Nicolás Maduro ratifica su "firme apoyo" a Rusia en conversación con Putin*. Disponible en <https://www.dw.com/es/nicol%C3%A1s-maduro-ratifica-su-firme-apoyo-a-rusia-en-conversaci%C3%B3n-con-putin/a-60975243>
- El País (28 de enero de 2022). *En el conflicto con Ucrania, Moscú se aferra a las coartadas del pasado*. Disponible en <https://elpais.com/babelia/2022-01-29/en-el-conflicto-con-ucrania-moscu-se-aferra-a-las-las-coartadas-del-pasado.html>
- El Orden Mundial (28 de enero de 2022). *¿Qué fue la Rus de Kiev, el origen nacional que se atribuyen tanto Ucrania como Rusia?*. Disponible en <https://elordenmundial.com/que-fue-la-rus-de-kiev-el-origen-que-se-atribuyen-tanto-ucrania-como-rusia/>
- Infobae (8 de febrero de 2022). *Vladimir Putin amenazó con una guerra nuclear en caso de que Ucrania se una como miembro de la OTAN*. Disponible en <https://www.infobae.com/america/mundo/2022/02/08/vladimir-putin-amenazo-con-una-guerra-nuclear-en-caso-de-que-ucrania-se-una-como-miembro-de-la-otan/>
- La Jornada (27 de febrero de 2022). *Sanciones o tercera guerra mundial, la disyuntiva: Biden*. Disponible en <https://www.jornada.com.mx/2022/02/27/politica/005n3pol>